



Publicado por:

**Nova Casa** Editorial

www.novacasaeditorial.com

info@novacasaeditorial.com

© 2020, **Alejandro Romera Guerrero**

© 2020, de esta edición: Nova Casa Editorial

Editor

**Joan Adell i Lavé**

Coordinación

**Noelia Navarro**

Portada

**Vasco Lopes**

Maquetación

**Noelia Navarro**

Corrección

**Noelia Navarro**

Impresión

**PodiPrint**

Primera edición: Agosto de 2020

ISBN: 978-84-18013-55-3

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra ([www.conlicencia.com](http://www.conlicencia.com); 917021970/932720447).

**ALEJANDRO ROMERA GUERRERO**

# **KICHAY**



**Nova Casa** Editorial



*Para Hugo.  
Imposible imaginar ya un mundo sin tus abrazos.*



## Sumario

Una vuelta al mundo	9
Simbiosis	13
La mirada de Amanda	17
¿Qué tiene de malo?	21
Tres de agosto	25
El viaje	29
Soledades	33
Efímero instante en que soñé que te amaba	37
Soldado de plastilina	43
Platos rotos	49
Cuando la noticia calla	53
Suavidad de aquel baño	57
Rencores eternos	61
Demasiado tarde	65
Kichay	71





## Una vuelta al mundo

Aquella mañana, el pequeño Nelson se levantó con la sensación de que iba a hacer algo grande. Se calzó sus sandalias y caminó, como cada día, los cinco kilómetros que separaban su poblado de la escuela.

—¿Y qué ocurre si le damos la vuelta?

El profesor les intentaba explicar algo de geografía y había traído un póster con un mapa del mundo.

—¿Cómo? —preguntó intrigado el maestro.

—¿Por qué no lo ponemos al revés? —insistió el pequeño.

—Porque su orientación es esta, Nelson, siempre ha sido así. Mira, nosotros estamos aquí abajito.

—¡Pues yo quiero estar arriba! —refunfuñó.

El profesor calló durante unos segundos y pensó que quizá no era tan mala idea.

—Está bien, lo pondremos al revés —les dijo—, pero mañana lo volvemos a colocar en su posición correcta.

Los niños comenzaron a reír y entre todos sujetaron el póster bocabajo mientras Nelson lo apuntalaba con unas viejas chinchetas.

Los primeros en notar la sacudida fueron, como es lógico, los esquimales del Polo Norte. Los iglús se tambalearon y los objetos comenzaron a volar en todas direcciones mientras sus cuerpos eran violentamente zarandeados.

—¡Terremoto! —gritaron algunos. Pero era mucho más que eso.

Poco a poco, la sacudida fue sintiéndose en cada centímetro del planeta.

Los grandes rascacielos fueron los que más sufrieron. Estaban contruidos a prueba de terremotos, pero no estaban preparados para un giro de tal violencia. Muchos de ellos se partieron por la mitad, incapaces de soportar la fuerza de la inercia.

En las grandes ciudades fue donde el caos se hizo más evidente. En las bibliotecas los libros volaban por los aires. En las fruterías, las naranjas y las manzanas chocaban unas con otras, lejos de la seguridad de sus cestos. Las personas parecían acróbatas saltando de un lado para otro.

Los techos se hicieron suelos y todo se volvió del revés. La sacudida apenas duró unos segundos, pero fue suficiente para cambiar todo de sitio y alterar el orden establecido hasta entonces.

«Esto es el fin», se apresuraron a afirmar algunos importantes dirigentes de lo que hasta aquel momento había sido el hemisferio norte. Nadie se acostumbraría a caminar entre lámparas y los retretes habían quedado pegados al techo. Nada quedó igual. Lo que antes estaba abajo ahora estaba arriba y viceversa.

Los Estados Unidos quedaron tendidos mientras sus vecinos latinoamericanos les miraban desde arriba. La Patagonia y Alaska, condenadas siempre al frío, intercambiaron sus

posiciones. Los ingleses miraban ahora a Europa desde abajo y, más que observar con orgullo como antaño, ahora parecía que suplicasen. Sudáfrica mientras tanto se coronaba en lo más alto, como si de puntillas se elevase por encima de todos los demás. El mundo al revés, nunca mejor dicho.

Cuando las sacudidas por fin terminaron y, aunque invertido, el planeta volvió a la calma, Nelson, ligeramente despeinado, observó el póster con un gesto triunfal en su rostro.

—Profesor —añadió—, ¿y si lo dejamos así para siempre?



## Simbiosis

El veintisiete de octubre de 2008 amaneció de costumbre, por tradición más que otra cosa. Debía haber sido una fecha más en un calendario sin marcas, pero no fue así. El sol comenzó a buscarme y, como era habitual, yo no le hice mucho caso hasta bien entrada la mañana. Jamás podría haber imaginado lo que, horas después, me depararía la recién iniciada jornada, supongo que habría sido imposible de predecir. Simplemente ocurrió y, si no hubiese sido aquella tarde, habría sido cualquier otra.

Llevaba puesto el chándal de andar por casa, el mismo que, por razones obvias, sigo llevando ahora. Me dejé caer, gobernado por la rutina, en el viejo sofá del salón. Siempre me sentaba en el mismo lugar y mi cuerpo había ido moldeando su forma con el paso del tiempo. A pesar de los años, seguía siendo igual de cómodo.

Mi espalda encajó a la perfección, como siempre, en la forma creada por ella misma en el respaldo. Mis piernas se incrustaron como un puzle en los huecos tejidos por la costumbre. Mi postura preferida, inmóvil, acoplado a la perfección, con el

único movimiento del dedo pulgar que cambiaba el canal del televisor y de los párpados, por supuesto, que parecían seguir el ritmo sosegado de mi respiración. Y así quedé, como cada día, encajado en el molde que el sofá había ido ajustando, poco a poco, para mí, sin sospechar lo que estaba cerca ya de suceder.

Por alguna estúpida razón que no recuerdo, sentí la necesidad de aire fresco y decidí levantarme a abrir la ventana.

No pude. Intenté impulsarme hacia arriba, abandonar mi posición, mas fue imposible. El sofá apresaba mi cuerpo. No me apretaba en realidad, no me hacía daño, pero si intentaba moverme, cualquier intento era vano.

Sentí pánico. Intenté mover los brazos, las piernas, zarandear aunque fuese mi cabeza, pero nada, no había forma. Comencé a sudar, cualquier esfuerzo era inútil, era incapaz de levantarme. Escuché la voz de los vecinos y grité. Quizá pudieran entrar a ayudarme. Pero no entraron. No sé si no me oyeron o no me escucharon. Me sentí cautivo, aterrorizado. No había salida.

Se hizo de noche y después de día, y de nuevo llegó el ocaso, y allí estaba yo, perfectamente encajado, atrapado por mi sofá.

El desánimo estaba comenzando a vencerme, hasta que, de repente, caí en la cuenta. No estaba mal así, en realidad estaba cómodo, era mi postura preferida al fin y al cabo, ¿por qué intentaba librarme de ella?

Dejé de luchar, no tenía sentido. La angustia se fue. Estaba bien allí, en mi sofá, atrapado pero tranquilo. No podría saltar ni bailar, eso estaba claro, ¿pero quién quería saltar o bailar?

Ha pasado el tiempo y aquí permanezco todavía, en mi postura preferida, sin intentar librarme ya de este abrazo mortal. Comparto los días con mi eterno sofá, convertido hace tiempo en mi cárcel. No me deja ir, pero tampoco yo quiero dejarlo.

La incertidumbre, la desgana, los miedos... todo ha desaparecido y solo queda la calma.

Desde mi posición, aún veo la ventana, cerrada, claro está. La migración otoñal llena los cristales de vida. Algunos pájaros sobrevuelan muy cerca y puedo verlos segundos antes de que desaparezcan. Parecen querer golpearme en las narices con su libertad. Pero yo no siento envidia, sino pena, pena por ellos. No cambiaría jamás mi sofá por su cielo, no tengo ninguna duda.

En ocasiones, me pregunto si él me atrapó a mí o fui yo quien lo atrapó a él. Nos fundimos el uno con el otro, es lo único que sé. No podría distinguir ya entre su tela y mi piel. Todo ha desaparecido, nada importa. Solo queda la calma.

Y aquí sigo, viendo pasar las horas, sin prisas, hasta que al fin decida un día venir a buscarme. Y aquí me encontrará entonces, cómodamente atrapado, para siempre, en mi postura preferida.





## La mirada de Amanda

Ya ve, padre, no le pido que disculpe lo que he hecho, solo le pido que al menos intente entenderlo. Madre no creo que pueda aunque en el fondo una parte de ella quizá llegue a estar orgullosa de mí. No lo sé en realidad, me duele la cabeza y no puedo pensar, desearía que todo esto hubiese terminado ya.

Amanda me contó todo, padre. Se lo explico ahora para que comprenda usted el porqué de mis actos ya que antes no tuve tiempo. Ya lo sabe usted, siempre he sido muy impulsivo, debí haberle explicado todo antes. Pero al menos lo hago ahora, mejor tarde que nunca, dicen.

Quizá tenga usted frío, padre, ¿quiere que le traiga una manta?

Quiero que sepa que usted siempre ha sido mi referencia. Miro hacia atrás y en todos los buenos momentos que observo en mi vida está usted presente, apoyando su mano sobre mi hombro.

Recuerdo aquel día, siendo yo un adolescente, en que resbalé junto a la orilla y mi cuerpo cayó al Miño con violencia. Aunque ya sabía nadar, mis brazos no eran tan fuertes para

resistir aquella corriente y usted no vaciló ni un segundo en lanzarse tras de mí y poner en juego su propia vida. Recuerdo su abrazo salvador cuando ya estaba convencido de que moriría ahogado en aquellas aguas.

Salimos del río y yo no paraba de darle besos, ¿recuerda? Amanda mientras nos observaba a lo lejos. Ella no sonreía y yo pensé que eran los celos. Hoy sé con certeza que no se trataba de eso. En realidad, nunca me planteé el porqué del carácter tan serio de mi hermana. Supongo que lo achaqué a algo innato, probablemente a los genes de la abuela.

No entiendo cómo no me di cuenta. Me siento tan estúpido, padre, no se lo imagina, estúpido y culpable. ¿Cómo pude no percibirlo? Fue demasiado tiempo.

Ahora que ella misma me lo ha contado esta mañana, todo encaja a la perfección. Sus llantos en mitad de la noche, sus ojeras, los suaves ruidos de puertas que se abren y se cierran. Todas esas señales, que no fui capaz de interpretar, adquieren hoy todo su significado, como una revelación que jamás hubiese querido escuchar.

La mirada de Amanda fue siempre tan triste, ¿verdad, padre?

Es curioso que dos hermanos podamos ser tan diferentes, ¿usted y madre nunca lo han hablado? Yo siempre de broma, sin dar a nada la importancia que se merece, y ella tan seria, ajena a todo, solitaria.

Y yo culpaba a los genes de la abuela, ¿no lo entiende? Nunca me senté a escucharla. Bueno, hoy sí, y quizá no debí haberlo hecho. Me contó todo y yo me quedé sin habla, ¿qué podía decirle? Me dijo que jamás se lo contó a nadie, ni siquiera a madre, aunque imagino que ella notaría su ausencia en la cama por las noches. ¿De verdad jamás intentó impedirselo? No está bien todo esto que hizo usted, padre.

No nos queda mucho tiempo, por eso le cuento esto, para intentar que me comprenda. No quiero que me perdone, ya se lo he dicho, imagino que eso es imposible.

Shhh, calle un momento, ¿no lo oye? Creo que suena el ascensor allá fuera. Sí, parece que sube. Imagino que serán ellos. La vecina les habrá llamado al escuchar sus gritos.

Espero que cuando madre regrese, todo esté ya recogido. No me gustaría que nos viese así. Ya ve, padre, menuda la hemos liado entre los dos.

Escuche un momento. Sí, son pasos allá fuera, alguien se acerca. Dios, como odio el sonido de este timbre, nunca me gustó. No se lo dije por no ofenderlo ya que sé que usted lo escuchó con cariño, pero imagino que ahora todo eso da igual.

Están a punto de entrar. Supongo que, cuando no abramos, terminarán por forzar la puerta. Iré a buscar una manta para cubrirlo antes de que entren, no quiero que lo vean así.

Lo siento, padre, pero no podía hacer otra cosa. Cuando Amanda me contó su calvario, salí de su casa y vine directo hasta aquí. Fue hace menos de una hora, aunque parezca ya una eternidad. Cuando me abrió usted la puerta, su habitual sonrisa de bienvenida me hizo estremecer. Usted no podía imaginarlo, claro, pero yo ya sabía que era la última.

¿De verdad no los oye? Estos últimos años se ha ido usted quedando sordo. Nos gritan que abramos o echaran la puerta abajo. Ya ve, padre, la que hemos liado. Madre se va a quedar de un plumazo sin hijo y sin marido, no se lo merece, uno entre rejas y otro bajo tierra.

Tengo que encontrar una manta antes de que entren, no soporto verlo así, padre, humillado, bañado en su propia sangre. Escuche, están forzando la puerta, nuestro tiempo se agota.

Imagino que nos separarán para siempre. ¿Cómo pudo hacer usted todo eso? ¿Es que no era su hija acaso?

Lo hice por ella, aunque quizá esto le haga aún más daño, no sé cómo podrá sentirse Amanda después de todo.

¿Se acuerda usted del paseo que dimos la semana pasada por el parque de Rosalía? Fue la última vez que lo vi hasta hoy. Recuerdo el abrazo con el que me despidió aquel día. Aún puedo notar sus brazos rodeándome, la calidez de su cuerpo junto al mío.

Aún puedo notar sus manos agarrando mis hombros, suplicando que parase, que no le clavase más veces este maldito cuchillo. Sé que he hecho lo que debía, pero me duele tanto.

Aquí tiene su manta, padre. Espero que comprenda que no tenía otra salida, y si algún día volvemos a cruzarnos, podamos abrazarnos como aquel día en el parque de Rosalía, y olvidemos el pasado, padre e hijo, como si nada de esto hubiese ocurrido nunca.